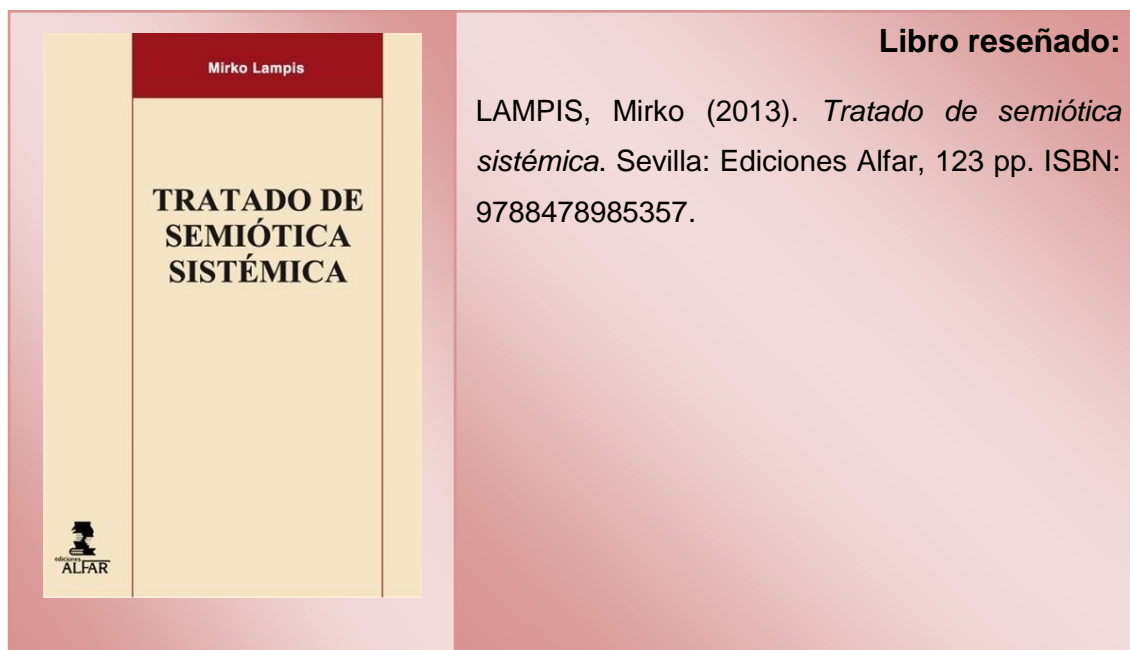


## “EL SENTIDO: DE LA BIOLOGÍA A LA COMUNICACIÓN Y A LA CULTURA”

Dr. Manuel GONZÁLEZ DE ÁVILA

Profesor titular. Universidad de Salamanca – [deavila@usal.es](mailto:deavila@usal.es)



BIBLID [(2172-9077)11,2015,343-347]

Fecha de recepción: 08/09/2015

Fecha de aceptación definitiva: 10/09/2015

Según Francis Bacon, hay libros que se hojean, otros que se leen, y unos pocos que se estudian. Este Tratado de semiótica sistémica, que hubiera podido titularse con legítima redundancia *Tratado sistemático de semiótica sistémica*, merece sin duda ser estudiado. La obra, no muy extensa, nace de una evidente *libido cognoscendi*, de un manifiesto deseo de saber, y exhibe todas las virtudes que suelen esperarse de la semiótica (su poder heurístico, su alcance explicativo, su ambición totalizadora, etc.). En forma de retícula conceptual y proposicional sólidamente construida, el autor avanza una síntesis de tres discursos científicos: los de la semiótica del texto y de la cultura (Y.

Lotman), de la semiótica interpretativa (U. Eco) y de la biología del conocimiento (H. Maturana, F. Varela). O al menos eso es lo que declara Mirko Lampis en las notas introductorias y final a su *Tratado*. Porque, en realidad, el rango de disciplinas abordadas en la obra, y a su vez potencialmente interesadas por el contenido de esta, es mucho más amplio, y abarca desde la biosemiótica (en su umbral inferior) hasta la antropología cultural (en su umbral superior), incluyendo la teoría de la información y de la comunicación, la sociología de la cultura y del conocimiento, los estudios lingüísticos y literarios, etc. Lo cual equivale a decir que, en tan pocas páginas, el lector hallará cumplida satisfacción a su curiosidad intelectual; y, sobre todo, que inferirá de ellas la esencial continuidad hoy detectable entre las ciencias de la naturaleza, las de la sociedad y las humanidades, sobre la que se apoya la vocación interdisciplinaria de la semiótica.

Las ciencias de la sociedad y las humanidades, en efecto, tienen un objeto común de estudio, la acción del hombre y sus productos, y todas ellas han de vérselas con el extraño huésped que viaja alojado en el centro de una y otros, el *sentido*. Las preguntas de la semiótica por cómo significan los actos y sus objetivaciones (las palabras, los movimientos, los rituales, los espectáculos, las obras de arte y de literatura, y así sucesivamente), por cómo se transmite ese sentido (en la comunicación) y cómo se cristaliza y se conserva (en la cultura), son el resistente hilo rojo de las disciplinas sociales y humanísticas, y del presente libro. Ahora bien, dichas cuestiones también atañen, hasta cierto punto, a las ciencias de la naturaleza, pues cada vez parece más claro que el sentido y la vida, como apuntó Th. Sebeok, uno de los padres de la biosemiótica, son coextensivos; o que, como ha escrito otro de los impulsores de la disciplina, H. Pattee, “la vida es materia controlada por símbolos”. A partir de tal hipótesis naturalista, implícitamente asumida por Lampis, la tarea, aunque inmensa, se revela fascinante: describir la emergencia y la complicación progresiva de un sentido sin el cual los seres vivos son incapaces de auto-organizarse y de asegurar su subsistencia y su reproducción.

Para el tipo de semiótica que Lampis defiende, el sentido no debería confundirse, como lo confundía la semiótica clásica de los años 60 y 70 del pasado siglo, con su contingente realización lógico-lingüística en las lenguas naturales. El sentido, biológicamente implantado y culturalmente irrigado,

resulta ser más bien un proceso no solo ni quizá fundamentalmente verbal —en caso contrario, la biosemiótica tendría un muy corto recorrido—, plástico, complejo y dinámico, sometido a determinaciones contextuales e históricas, y con su parte incorporada de azar, e incluso de “capricho” (p. 84). Un proceso que, en su versión humana, permite al hombre conocer e interpretar su entorno, acoplarse eficazmente a él e interactuar con otros hombres, con quienes establece una incesante “conversación” —es decir, una comunicación permanente—, discutiendo sus conocimientos y negociando sus interpretaciones de lo que son las cosas y los seres, los estados del mundo y los acontecimientos.

Esta concepción, radicalmente pragmática y praxeológica, del sentido y de la comunicación que lo moviliza y de la que es inseparable, se completa con una acertada caracterización de la cultura como el medio donde se integran y se atesoran, convertidos en *memoria*, los hechos y objetos de sentido compartidos y comunicados. Si bien la cultura presenta universales, puesto que todos los hombres tienen el mismo cuerpo (la misma organización neurobiológica) y viven en el mismo ámbito operacional, también fabrica novedad, diversidad y heterogeneidad: la cultura se transforma continuamente a sí misma a la par que, como el propio sujeto, conserva su dinámica auto-organizativa, y que pone pareja dinámica al servicio de la conducta, es decir de la acción simbólicamente informada y conformada del ser humano en su entorno existencial, en su “mundo de la vida”, como dirían los fenomenólogos.

Claro está que el sentido puede ser destruido, la comunicación fracasar, la cultura tambalearse y el comportamiento de los sujetos semióticos tornarse inconsecuente o aberrante. El *Tratado de semiótica sistémica* no ignora así la inconsistencia de los hombres, pero le opone una decidida voluntad de cooperación antropológica anudada en torno al diálogo —de nuevo vale decir: a la comunicación—, y a la inteligencia concebida no como una capacidad cuantificable, sino en tanto “disposición a producir conductas inteligentes” o, lo que es lo mismo, a fabricar “dominios consensuales de significado” (p. 87).

Resultaría prolijo mencionar todos los conceptos que encuentran en el *Tratado* una definición congruente con su argumento y que, como acabamos de subrayar, conciernen a las ciencias de la naturaleza, a las de la sociedad y a las humanidades. Solo para dar una idea de la riqueza de la obra citaremos, en

el campo de las ciencias naturales, *autopoiesis, operacionalidad, acoplamiento, habituación o deriva*; en el de las sociales, *complejidad, conducta, cooperación, conflicto, producción, circulación*; en el de las humanidades, *metáfora, texto, género, traducción, enciclopedia, canon, arte*; y, dentro de un sub o supercampo aún más transversal e interdisciplinar, es decir con alcance propiamente epistemológico, *pertinencia, abducción, descripción, explicación, método, validación*. El mapa que tales nociones permiten dibujar representa con bastante fidelidad el espacio global del conocimiento contemporáneo, sin perder nunca de vista sus vías de comunicación y los fluidos intercambios que en él se dan entre las disciplinas que lo urbanizan.

Si hubiera que consignar alguna objeción, como en cierto modo lo exige el género “reseña”, a este útil compendio de semiótica sistémica, podría ser la siguiente: desde su rechazo del positivismo, y desde la subjetivación epistemológica que propone, coherente con la mayoría de los modelos de pensamiento en vigor en las ciencias sociales y en las humanidades, el libro no escapa a algunas de las aporías clásicas del idealismo o del pansemioticismo, quizá porque esas aporías son ineludibles. Por ejemplo, al propugnar una visión abierta, histórica y dinámica de la interpretación, y al fomentar en consecuencia el consenso como el modo mismo de la cooperación inteligente —algo que satisfaría a los teóricos de la democracia comunicativa—, el *Tratado* hace difícil concebir la posibilidad de poner en crisis, con las armas de la semiótica, los fenómenos sociales y culturales; es decir, de ejercer la disciplina como *semioclastia* o, si se prefiere, como crítica de las ideologías. Pero la semiótica no siempre ha sido consensualista, sino que también ha destacado por su competencia para la polémica: tal vez haya momentos, en la deriva de las sociedades, en que romper el sentido, en lugar de negociarlo, se vuelva necesario, pues no todas nuestras interpretaciones ni todas nuestras representaciones del mundo merecen verse atendidas en beneficio del pluralismo o de la semiodiversidad. Ni, por lo demás, todos los conflictos tienen, como a veces parece creer el autor, causas única ni principalmente simbólicas, aun cuando todos ellos ofrezcan dimensiones simbólicas.

Como quiera que sea, tan comprensible ímpetu hermenéutico no empaña en nada las virtudes de este excelente libro en formato reducido, que además

sabe compensar su tentación edificante mediante puntuales y muy apreciables rasgos de humor y de ironía.

[\*Esta reseña se inscribe dentro del proyecto FFI2014-53165-P, Programa Estatal de Investigación Científica y Técnica de Excelencia, Subprograma Estatal de Generación de Conocimiento].